

San José María Rubio El misterioso atractivo de un santo sencillo

Entrevista con el P. Paolo Molinari,
postulador de la causa de canonización

El 4 de mayo pasado, Juan Pablo II canonizaba en Madrid al jesuita José María Rubio, junto a otros cuatro santos y santas españoles. El P. Rubio había nacido en Dalías (Almería) en la segunda mitad del siglo XIX y había ejercido su ministerio sacerdotal, primero como sacerdote diocesano, en dos pueblos de la provincia de Madrid y en la misma capital, hasta que, pasados los 40 años, ingresó en la Compañía de Jesús. Fieles de toda clase y condición asediaban su confesonario y escuchaban en gran número su predicación, atraídos por su carisma personal. Dedicó una atención especial a la formación de numerosos apóstoles laicos y a la instrucción y evangelización de los barrios más pobres de la ciudad. Por ello, muy pronto se le conoció como «el apóstol de Madrid». Murió en Aranjuez el año 1929.

Ryf *La Iglesia canoniza a determinados cristianos y cristianas porque considera que el testimonio de su vida encierra unos valores evangélicos que pueden ayudar al conjunto de los fieles, incluso a toda persona. El P. Rubio nació a mediados del siglo XIX y la mayor parte de su vida sacerdotal y religiosa transcurrió en el primer tercio del siglo XX. ¿Qué valores puede descubrir en el P. Rubio el hombre del siglo XXI?*

P.M. *Pienso que en todos los santos hay un elemento común, que consiste en que todos ellos manifiestan una especial unión con Cristo, el Señor. Es decir, viven su entrega a Dios en unión con Cristo. Por ello comparten la manera como Dios considera la realidad humana. En otras palabras, el hombre de Dios ve la realidad humana con los ojos de Dios y, por*

so, descubre, mucho antes que los demás hombres, determinadas necesidades de los hombres y de la sociedad humana. Al mismo tiempo, es capaz de amar con el corazón de Dios. Por eso, tiene la fuerza y la capacidad de ofrecer una respuesta concreta a las necesidades humanas que ha detectado. Su aportación dependerá de los diferentes matices que ellos mismos han experimentado del amor de Dios: misericordia, compasión, profundidad, delicadeza... Todo esto es lo que viven las personas que se encuentran de continuo en la presencia de Dios, y lo que les permite ver lo que otros no pueden ver.

En la vida del P. Rubio descubrimos una particularidad de esta experiencia común, que es su relación con los necesitados, lo que hoy llamaríamos su «opción preferencial por los pobres». El P. Rubio descubre nuevas maneras de vivir esta realidad. La gente que le rodeaba entendió que su forma de obrar con los marginados estaba en sintonía con el mensaje original del Evangelio.

¿Y el P. Rubio se rodeó de un gran número de colaboradores laicos en su labor apostólica y social. ¿En qué medida se le puede, por ello, considerar como un precursor del reconocimiento del laicado en la Iglesia, reco-

nocimiento que llevaría a cabo más tarde el concilio Vaticano II?

P.M. Hay otro rasgo destacado en la vida del P. Rubio que tiene que ver con su capacidad de valorar el laicado. En esto, en comprender la misión del laicado, se adelantó al Vaticano II. Se dio cuenta de que los laicos son miembros del Cuerpo de Cristo y tienen por ello una responsabilidad en la misión de la Iglesia. Por eso dedicó buena parte de su tiempo a la formación de laicos, de manera que tomaran conciencia de su responsabilidad como miembros del Cuerpo de Cristo.

El P. Rubio intuyó que hay ciertos aspectos de la misión de la Iglesia que el sacerdote no puede llevar a cabo. En su época era inconcebible la presencia de un sacerdote con sotana en determinados barrios. Por eso, en aquella época, anterior a la revolución, dedicó mucho tiempo a dirigir espiritualmente y a formar teológicamente a los laicos, para enviarlos a aquellas barriadas en las que apenas se oían ecos de la Buena Noticia. En este sentido, se adelantó a lo que más tarde desarrollaría el Vaticano II.

Mediante la dirección espiritual, S. José María Rubio se esforzaba por hacer más conscientes de las

exigencias del bautismo a los que venían a solicitar su ayuda. Cada cristiano, puesto que ha sido hecho hijo de Dios, ha de vivir como tal. Lo cual quiere decir que cada cristiano, y por tanto cada laico, debe asumir en la vida cotidiana, familiar, profesional y social, unos compromisos que correspondan a lo que Dios espera de él. El que el mismo Dios nos haya hecho a todos miembros de su familia, nos haya unido como miembros al Cuerpo de Cristo, supone que hay deberes mutuos de justicia y amor.

En el ejercicio de su apostolado sacerdotal, el P. Rubio trataba de ayudar a todos los fieles para que cayeran en la cuenta de la necesidad de responder a las exigencias del Evangelio; lo cual significa que el Señor debe ocupar el primer puesto en la vida del cristiano y que el amor del prójimo es la prueba de que el amor de Dios es real y efectivo.

Ryf Obras sociales y espiritualidad han estado un tanto distanciadas en la Iglesia del siglo XX. Con cierta frecuencia se oían quejas de que había «espirituales» poco «sociales» y, viceversa, «sociales» poco dados a la espiritualidad. ¿El P. Rubio podría ayudar a unos y otros a acercarse entre sí y a completar lo que les falta?

P.M. Pienso que sí, en cierto sentido. No lo afirmo en el sentido de que nos haya ofrecido un planteamiento teórico en la materia. El P. Rubio estuvo dotado de una buena capacidad intelectual, puesto que obtuvo el grado de doctor. Pero su síntesis, en esta materia, se sitúa en el plano existencial. Para él lo espiritual no era distinto de lo social. Su espiritualidad era profunda y sencillamente evangélica. Participaba del Espíritu del Señor Jesús, a quien su perfecta unión con Dios lo empujaba a entregarse a los demás. Así, lo social nunca quedaba separado de una visión del hombre contemplado desde Dios. En sí misma, la dimensión social puede ser también marxista o atea. El P. Rubio comprendía y vivía los derechos y deberes de toda persona en la sociedad desde la contemplación del Hijo de Dios que se ha acercado a los sufrimientos del hombre y a las aspiraciones de su corazón.

La verdadera contemplación, según la espiritualidad ignaciana, no consiste en separarse de este mundo para vivir «en las nubes». La contemplación ignaciana pudo estar algo olvidada en los siglos XIX y comienzos del XX, a pesar de ser fundamental desde la segunda semana de los Ejercicios Espirituales, en los que se trata de contemplar la persona de Cristo

en acción y en su trato con la gente; esta contemplación va dejando una huella en el ejercitante, como la dejó en los apóstoles. El discípulo va, así, configurando su comportamiento sobre el modelo de su Salvador, al que ama y al que contempla en la oración. Quien es verdaderamente contemplativo, al ver cómo el Señor siente compasión de la gente, estará más motivado para seguirle en la verdadera caridad fraterna, que no es mero sentimiento, sino entrega de sí mismo, como la entrega del Señor, hasta dar su propia vida.

Ryf San José María Rubio fue primero sacerdote diocesano y más tarde sacerdote y religioso en la Compañía de Jesús. ¿La manera de vivir el sacerdocio ministerial estuvo marcada, en él, por un sello o por un carisma special?

P.M. Preciso mucho esta pregunta. Para mí, su carisma consistió en la capacidad que tuvo de comprender y administrar los sacramentos (en particular la Reconciliación y la Eucaristía) en su dimensión más profunda. Para él, no se trataba solamente de «dar la absolución» como una simple bendición o de distribuir el cuerpo de Cristo. Sin limitarse a escuchar la confesión de las faltas, trataba de llegar a la raíz del mal y

del sufrimiento, con vistas a conseguir un cambio, una conversión. En esto el P. Rubio fue un verdadero maestro, en saber ayudar a las personas a descubrir lo que, en lo más profundo de su vida, constituía un obstáculo para el Evangelio, y en ofrecer una dirección espiritual con vistas a la reforma de la vida, dirección que en absoluto ocupaba el lugar de Dios, sino que sólo intentaba acercar al penitente al Maestro de todos.

La Eucaristía no era para él una mera devoción, sino la manera de participar en la entrega de Cristo, en el sacrificio de sí mismo como expresión de amor, para, en su vida concreta, manifestar ese amor a los prójimos. Estos son los dos elementos fundamentales que distinguen la manera como el P. Rubio vivió su sacerdocio ministerial.

Ryf Desde muy pronto, el P. Rubio estuvo convencido de que Dios lo quería en la Compañía de Jesús, a pesar de que sólo pudo responder a esta llamada cuando ya tenía 42 años. ¿Qué podrían aprender de él los jesuitas del siglo XXI?

P.M. De la misma manera –salvadas las distancias– que el Hijo de Dios, hecho hombre, vivió en su

naturaleza humana su total «ser del Padre», es decir, su amorosa dependencia del Padre; así como Jesús vivió cumpliendo siempre los deseos del Padre; así como Jesús realizó su misión con la conciencia de que lo que hacía no era obra suya, sino que era el Padre el que le daba las obras que tenía que hacer, de una manera parecida el P. Rubio vivió su vida religiosa con la convicción interior de pertenecer totalmente a Dios, de ser posesión suya; por consiguiente, Dios podía realizar en él lo que quisiera.

Éste es el verdadero significado de las palabras del P. Rubio: «Hacer lo que Dios quiere, querer lo que Dios hace». De hecho, el P. Rubio tenía este sentimiento interior: que el Padre podía disponer de su ser y realizar sus obras a través de su humilde persona. Así se comprende que el P. Rubio tuviera una fuerza de atracción tan grande en su trato con las personas: sus palabras y sus obras eran las palabras y las obras que el Padre le daba. Y se entiende también por qué el P. Rubio se sentía atraído por la oración y por la Eucaristía. Vivió intensamente las palabras de Jesús: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5).

La vida del P. Rubio pone de manifiesto la verdad de las palabras de S. Ignacio en las Constituciones de la Compañía de Jesús: «Los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija de su divina mano son más eficaces que los que le disponen para con los hombres». Puso en práctica lo que fue el gran deseo de S. Ignacio para todos sus compañeros: que fueran todos y cada uno un «instrumento unido a Dios», en manos de Dios.

Ryf *¿Cabe esperar que la canonización del P. Rubio atraiga más vocaciones a la Compañía de Jesús, que tan necesitada está de ellas en Europa? Con otras palabras, ¿cómo deberían hoy presentar su misión los jesuitas, de manera que muchos jóvenes piensen que merece la pena abrazar su estilo de vida evangélica?*

P.M. En muchas partes del mundo, en este siglo XXI, la secularización hace sentir sus consecuencias en la educación que reciben los jóvenes. Pienso que el P. Rubio nos ayuda, en estos tiempos, a estar atentos a la acción de Dios en el corazón de los jóvenes. Jóvenes y adultos experimentan el deseo de profundizar su vida cristiana. Con los jóvenes, en concreto, hay que prestar atención a los signos de una posible vocación, a una llamada del Señor, a

una llamada a la entrega total de sí mismos al servicio de los demás.

sin duda, el ministerio sacerdotal había sido una gran experiencia espiritual para el P. Rubio antes de ser jesuita. Sin embargo seguía albergando en su corazón un gran deseo de pertenecer a la Compañía de Jesús. ¿Por qué? A la luz de los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio, entendió claramente que la vida religiosa en la Compañía significaría la realización de la entrega de sí mismo para vivir una vida de unión con Jesús, «*ser en plena posesión*» de Dios Padre, como él mismo escribió en algunas cartas a su familia. Ése fue el deseo más profundo de su vida.

En todo caso, es necesario tomar conciencia cada vez más de cuál fue la raíz de la visión fundamental de S. Ignacio, que no es otra que la llamada a ser «compañeros de Jesús», es decir, una visión evangélica, una llamada a vivir como discípulos mediante la entrega de sus personas, como aparece en el Evangelio: «*Llamó a los que Él quiso para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar*» (Mc 3, 13). Los dos objetivos son inseparables: envía a los que están con Él, a los que comparten su manera de comprender la vida humana, a una manera de tratar con el Padre y

de tratar con los hombres. Ser «compañero de Jesús» significa compartir su Espíritu, lo cual nos permite estar, como Él, en las manos de Dios, para que Dios haga lo que quiere con nosotros por el bien de la humanidad.

Por eso es necesario hablar, pero, ante todo, vivir el Evangelio, porque, como en el caso del P. Rubio, fue su vida, no fueron sus palabras, o, mejor dicho, su vida fue la palabra encarnada en una existencia que se convirtió en una constante llamada: hablar y vivir de manera que realmente transmitamos la Buena Noticia de Jesús. Los jóvenes saben muy bien quiénes son las personas que viven según el Evangelio y el espíritu de S. Ignacio. Y éste fue el caso del P. Rubio. Como declararon muchos testigos durante su causa de canonización, la predicación de S. José María Rubio era muy pobre, literalmente «una miseria». Y sin embargo la gente lo buscaba, porque era una auténtica encarnación de este ideal ignaciano, que es el ideal del discípulo de Jesús. «Estar con Él y participar en su misión» son las dos caras de la vocación, aceptando los sacrificios que siempre exige el amor, pero no preocupados ante todo por el sacrificio: ¡es cuestión de amor!

A los jóvenes tenemos que ofrecerles nuestra vida, como se la

ofreció el P. Rubio. Necesitan encontrar personas que viven realmente este ideal. En este sentido, el P. Rubio ha de ser una gran ayuda para nosotros. Esto siempre ha sucedido así: la semilla de la vocación era la presencia de hombres que verdaderamente vivían el espíritu evangélico e ignaciano. A veces, dos o tres años después de haberlos perdido de vista, descubrían que ese género de vida era el que Dios quería para ellos.

Ryf *En otro tiempo se decía que el jesuita debía reunir las tres eses: ser sano, sabio y santo. El P. Rubio no fue un sabio, los estudios no le atraían, incluso, según sus biógrafos, sus sermones eran humana y teológicamente pobres. ¿Hay que pensar, pues, que el P. Rubio fue un jesuita atípico?*

P.M. No creo que fuera un jesuita atípico. De hecho, hizo realidad lo que S. Ignacio propuso en sus *Constituciones*. S. Ignacio inculca a los jesuitas que den más importancia a «*los medios que juntan al instrumento con Dios*». La canonización de S. José María Rubio nos ayuda a caer en la cuenta del valor de esta palabra de S. Ignacio. Pone de relieve el hecho de que una vida entregada y vivida como propiedad de Dios es lo más importante en la vocación del jesuita. Él desarrolló sobre todo esta

intimidad con Dios, sin caer en la deformación del espiritualismo, intentando no actuar por iniciativa propia, sino siempre movido por la voluntad del Padre. «*Como el Padre me amó, así os he amado yo. Permaneced en mi amor y cumplid mi mandamiento, como yo cumplí los mandamientos del Padre y permaneceré en su amor. Y el mandamiento mío es que os améis unos a otros como yo os he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos*» (Jn 15, 9-10). Tiene que ser una realidad para nosotros esta disposición del corazón que cae en la cuenta de que no tenemos nada que no sea del Señor; a la manera de S. Pablo, a quien el Señor dijo: «*Te basta mi gracia; mi fuerza se realiza en la debilidad*» (2 Cor 12, 9). Y después añade «*Con muchísimo gusto presumiré de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo*». Precisamente, en esa debilidad está la fuerza del P. Rubio.

Se habla hoy más que nunca de la importancia de los recursos humanos: los títulos, la formación, los medios de comunicación... Es evidente que nosotros tenemos que utilizar estos dones de Dios que Él nos ofrece para que los utilicemos en la difusión de su Reino, y en total dependencia de la voluntad de Dios. Cuando son utilizados rectamente, unen a la

riatura con Dios y permiten que Dios actúe a través del hombre. Es la disposición fundamental del verdadero misionero. Así actuaba el P. Rubio. Y la gente caía en la cuenta de que estaba en contacto con un hombre de Dios, de que a través de él era el Señor mismo el que les hablaba. El bien que podemos hacer no es nuestro, es del Señor. Nosotros no somos más que el canal que deja pasar el agua. Pero la fuente es Dios. No aceptar la misión que asignan los superiores alegando que se tienen cualidades para otros ministerios supone, a la vez, considerarse dueños de esas cualidades y no permitir que se realice la obra de Dios.

yf A pesar de sus modestas cualidades humanas, el P. Rubio ejercía un enorme atractivo en cuantos le conocían y escuchaban, sin distinción de clases o de nivel cultural. ¿Cuál era el secreto de ese atractivo?

M. El secreto era su profundo convencimiento de que todo cuanto ofrecía a los demás no era suyo, sino de Dios. No se trataba de falsa humildad, sino de una convicción profunda. Era el gozo de ver a Dios reconocido en lo que él mismo podía ofrecer en su nombre.

su elocuencia no se basaba en la sabiduría humana: no era bri-

llante, no era vistosa y falta de alma y, por ello, infecunda. Su manera de tratar con las personas manifestaba a las claras que era un hombre de Dios, que permanecía largamente en silenciosa adoración del Señor Jesús; hablaba como un auténtico apóstol, cuya palabra se nutre de la manifestación del Espíritu y de su poder, de manera que la fe de quien escucha no esté fundada en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios, como dice S. Pablo.

Humanamente hablando, su oratoria era lo más parecido a un desastre. Pero sus predicaciones atraían a toda clase de gentes. Era buscado y admirado por todos por su simplicidad y por la ausencia de todas esas cualidades humanas de las que, en cambio, estaban dotados algunos de sus brillantes compañeros jesuitas. El mismo P. Torres, célebre predicador, no conseguía comprender las razones del enorme éxito del P. Rubio.

El secreto de la eficacia de su palabra radicaba en su manera de prepararse a cada entrevista, a cada predicación, a cada conferencia: recogido en postura de humilde oración, se ponía en presencia de Dios, dejándose iluminar y penetrar por la fuerza del Espíritu, el que todo lo puede y ama

revelarse a los pequeños y humildes de corazón. Lo que impactaba a las personas que lo trataban, según aparece constantemente en las declaraciones del proceso de canonización, era su misma presencia. No importaba lo que dijera o hiciera; casi sin pretenderlo, únicamente con su misma forma de «ser», les regalaba como una especie de luz. Su íntima unión con Dios parecía dispensarle de tener que hablar.

Ryf *El materialismo y consumismo actuales están dejando entre nuestros contemporáneos un gran vacío que lleva a no pocos a la búsqueda de valores espirituales, aunque algunos prefieran ciertos sucedáneos light, tal vez porque no se deciden a pagar el precio de los auténticos. ¿El P. Rubio podría ayudarnos a discernir los auténticos valores del espíritu?*

P.M. Cuando se ofrecen determinados sucedáneos *light*, la gente se da cuenta de que no somos sinceros con nuestro Señor. Endulzando o suavizando de esa manera el mensaje, la gente descubre enseguida que no es ése el camino. Los hombres esperan encontrar en los jesuitas actuales hombres que viven con sinceridad el don de Dios. El seguimiento de Cristo es una entrega de sí mismo que no pone condiciones. El P. Rubio nunca ofreció sucedáneos del Evangelio y sus exigencias. Nuestro nuevo santo nos da ejemplo de cómo ser verdaderamente compañeros de Jesús que viven el gozo del amor, que se entregan a Dios y por ello aceptan los sacrificios necesarios. Quien ama está dispuesto a sacrificarse por las personas amadas. ■